

el linage humano. Moral que todo se reduce á amarte. Sin este amor, aunque fuesen tan sabios como Sócrates, de cuyo nombre injustamente se revisten, no serian mas que los primeros entre los locos modernos.

El nombre de cristiano es el nombre mas sublime que el hombre puede apropiarse: con todo hay mortales tan infames, que borran de sus frentes la feliz y augusta insignia de la cruz, como si fuera una mancha impura que los deshonrase. Si alguna vez tiemblan los ángeles, es sin duda al ver este horrible desacato. Quando el hombre ha llegado á tal extremo de audacia y de depravacion, se apartan de él, y casi renuncian á la ocupacion de asistirle, y abandonan á aquel infeliz como á un desesperado, llenos de admiracion y espanto, no ménos que de tristeza.

SEXTA NOCHE.

EL OLVIDO DE LA MUERTE.

Como el rocío que de gozo llora
 El verde campo al saludar la aurora,
 Eras tú, mi Narcisa, fresca y pura ;
 Mas como aquel no dura
 Sino hasta que aparece el sol ardiente,
 Tambien tú de la vida en la mañana,
 Pronta volaste de la tierra al cielo :
 Tu padre mismo acude diligente,
 Con la cabeza despoblada y cana,
 Qual discípulo á oír tus instrucciones.
 En medio de mi horrible desconsuelo,
 ¡Qué patéticas y útiles lecciones
 Tu juventud me ofrece y tu temprana
 Muerte! Los muchos años han nevado
 Mi cabeza, mas no la han agoviado.
 A las agenas muertes atendiendo,
 La llevo siempre erguida y altanera,
 Y no reparo que la muerte fiera,
 Está á mis pies mi sepultura abriendo.

¡Quántas debilidades vergonzosas
 Ve qualquier jóven en su padre anciano?
 ¡Hay cosa mas ridícula y mas rara,
 Qué un viejo sesenton lleno de errores
 Y costumbres viciosas,
 Que de la juventud censura ufano
 Las faltas, y en un átomo repara?
 La segunda niñez que los verdores
 De la vida termina,
 Excede en imprudencia
 A la que da principio á su existencia.
 Quando helada vejez el cuerpo inclina
 Del hombre, y ya de fuerzas agotado,
 Aunque quiera no puede ser vicioso,
 Contra el vicio predica fervoroso.
 De agradar desahuciado,
 Y á dexar los deleytes precisado,
 Quiere instruir, y con semblante austero,
 Las faltas leves del mancebo apura,
 Sin mirar que este burla placentero,
 En su triste censor cargado de años,
 Otros defectos mucho mas extraños,
 Con que á la vejez misma desfigura. (a)
 ¡Qué hechizo causa que el espectro vano
 De un siglo venga siempre á interponerse
 Entre el caduco anciano,
 Y la muerte á su puerta ya sentada?
 De este monstruo tras de una otra aldabada:

La oye el viejo: se turba, á estremecerse
 Llega.—Mas pronto, el miedo despidiendo,
 Concilia el sueño con el mismo estruendo.
 Colocados en esta infeliz tierra,
 Como en un campo de incesante guerra,
 De sangrientos cadáveres rodeados,
 Sobre ellos vemos caer á todos lados,
 Cada instante millares de vivientes,
 De la batalla víctimas recientes.
 Del nublado de dardos homicida;
 Por milagro libramos nuestra vida.
 Muchas veces tambien á herirnos llega
 Alguno en el calor de la refriega;
 Mas para lisonjearnos somos tales,
 Que con el cruel acero atravesado,
 Y el cuerpo en viva sangre matizado,
 Nos tenemos aun por inmortales.
 Sobre el tronco mas seco cada dia,
 La esperanza marchita reverdece.
 Nacidos en el siglo que fenece,
 Esperamos ver otro todavía.
 Como en reloj del todo descompuesto
 La aguja y la campana van discordes,
 Así vemos al hombre siempre opuesto
 De la naturaleza á la medida,
 En la cuenta que lleva de su vida.
 Jamas estan acordes:
 Quando ella media noche en dar se afana,

Suele él contar las seis de la mañana.
 Muestran sin fruto la arrugada frente
 Nuestros contemporáneos: vanamente
 Este veraz espejo nos avisa,
 Que el tiempo arruina con la misma prisa
 Y crueldad nuestra vida que la agena;
 Léjos de darnos pena,
 A mirarlo curiosos acudimos,
 Mas en él nuestra imágen no advertimos.
 ; Con qué extraña frialdad observa el hombre
 Los rápidos progresos que la muerte
 Va haciendo en su vecino!
 Léjos de que se asombre,
 Al ver que de su cuerpo ha conquistado
 Ya la mitad, y que á otro asalto fuerte
 Dará fin á su mísero destino,
 Exclama sosegado:
 " Vaya que ese buen viejo
 No tiene mas que huesos y pellejo:
 Su fin no puede estar muy apartado."
 ; Y el nuestro sí? Quando quizás tenemos
 Mas años, y mas ages padecemos.
 Así cada uno en evitar se amaña
 De su muerte la vista dolorosa.
 Así nuestro amor propio nos engaña.
 Al paso que dilata la carrera
 De esta vida enfadosa,
 El hombre se la apropia qual si fuera

Su dueño; le parece que prescribe
 Contra el sepulcro á proporcion que vive;
 Mas quando de un amigo moribundo
 Las crueles agonías presenciarnos,
 Y sumergidos en dolor profundo,
 Fixos en él los ojos, sustentamos
 Su lánguida cabeza,
 O sus frios sudores enxugamos;
 Al ver que oprime una mortal torpeza
 Todas sus facultades y sentidos,
 Y de su luz vital los resplandores
 Quedan á toda prisa obscurecidos.
 ; Con qué espanto contamos los momentos
 De la inhumana muerte precursores!
 Cada hora, al dar nos dexa macilentos,
 Temiendo en todas ver venir la fiera
 Parca á cortar su trama lastimera.
 Entónces cesa el agradable encanto
 Que tiene nuestra vista fascinada;
 Una lóbrega nube, levantada
 Por nuestro justo espanto,
 Oculta á nuestros ojos presurosa
 La perspectiva bella y engañosa
 Del mundo, y vuelve en luto su alegría.
 Se hielan las pasiones en que ardia
 El corazon: suspéndese la guerra
 De sus deseos, que el altivo vuelo
 Abaten desmayados á la tierra:

La suerte del amigo lamentamos,
 Y de la nuestra míseros temblamos:
 Aumenta nuestro horrible desconsuelo,
 El discurrir que en breve, como actores,
 La tragedia cruel repetirémos,
 De que allí somos solo espectadores.
 Los ojos del enfermo finalmente,
 De mortales vapores empañados,
 Se encuentran con los nuestros; recogemos
 Sus últimas miradas tristeñente,
 Y nuestros corazones traspasados
 Del dolor, se enternecen de tal suerte,
 Que como en blanda cera,
 Graba en ellos la muerte
 Todos los rasgos de su imágen fiera,
 Y hace que á pesar nuestro nos volvamos
 A mirar la postrera
 Morada adonde siempre caminamos.
 Pero aunque demos por algun momento
 Libertad al ansioso pensamiento,
 Para que á nuestro amigo fenecido
 Siga á la mansion triste del olvido;
 ¡ Quán presto esta licencia recogemos!
 Con igual brevedad borrada vemos
 La imágen dolorosa,
 Que grabó en nuestro pecho aquella escena,
 Que las letras escritas en la arena
 Morible de una playa procélosa.

Aun no llega á enxugarse
 El llanto, quando ya la dulce risa
 A los labios se asoma á toda prisa,
 Y la loca alegría nuevamente
 Vuelve del corazon á apoderarse.
 Para el amigo tierno brevemente
 Nos volvemos tan duros, tan helados,
 Qual puede serlo el mármol insensible
 En que estan sus despojos encerrados,
 Y tirando á destruir en lo posible,
 Todo vestigio de su amarga historia,
 Que el cariño haya impreso en la memoria,
 Olvidamos del todo su existencia,
 O quedamos con tanta indiferencia
 Para él, como el estúpido ganado
 Que paze sobre el triste monumento
 En que está sepultado,
 Y esparce sus cenizas por el viento.^(b)
 ¡ O decrépitos viejos, que conmigo
 A la locura alegre aun dais abrigo,
 Sordos á la voz fúnebre que clama
 Del fondo del sepulcro, si la llama
 Viva del rayo, el espantoso trueno
 De la muerte que os priva del amigo,
 No altera ese semblante tan sereno,
 Volved la vista hácia vosotros mismos
 Sepulcros vivos, y leed temblando:
 “Tu vida está por puntos acabando!”

Y tú ¡jóven Lorenzo! que te ries
 De mi temor, ¡no ves que en los abismos
 Hunde la muerte al mozo mas lozano,
 Como el mas débil y caduco anciano?
 A todos hiere. Nunca de ella fies.
 Con los ojos y oídos siempre atentos,
 Observa sus menores movimientos.
 Sin cesar vela intrépido y armado.
 Jamas sobre la lanza reclinado,
 Te espongas á que doble la pereza
 Del lisonjero sueño tu cabeza,
 Y ese enemigo fiero y advertido,
 Te embista quando estés desprevenido.
 ¡Quántos duermen cubiertos en el día
 Con el humilde polvo de la tierra,
 Que quando el año próxímo corria,
 En su teatro brillante,
 Hiciéron el papel mas importante!
 Bien que la húmeda huesa los encierra,
 De su nombre el sonido,
 Aun se oye entre los hombres repetido.
 ¡Qué es lo que te asegura de la muerte?
 ¡Ha hécho contigo treguas, te ha ofrecido
 Mas respeto tenerte,
 Que á tantos que en tu edad ha destruido?
 ¡Acaso ya de víctimas saciada
 Ha suspendido la sangrienta espada?
 Aun brilla, aun brilla en su robusta mano,

Amenazando al mas robusto y sano.
 No ménos fácilmente
 Caerán este año que el antecedente,
 El hombre de la vida,
 Y la hoja de la rama dividida,
 ¡Pero cómo podemos olvidarnos
 De que somos mortales?
 ¡Para desengañarnos
 De este error lisonjero
 Es menester acaso dedicarnos
 A leer las inscripciones sepulcrales?
 El objeto mas bello y placentero
 De esta vida á los ojos nos presenta
 La imágen de la muerte macilenta,
 Con sus mismos primores disfrazada.
 Todo nos habla de ella, y su figura
 Cada instante variada,
 Baxo otras tantas formas nos apura.
 Las artes mismas, si hermosear pretenden
 Nuestras casas, en ellas la suspenden.
 Las paredes del quarto en que habitamos,
 De muertos adornamos,
 A los que han dado vida los pinceles,
 O han retratado en mármol los cinceles.
 El hombre envanecido,
 De una serie de abuelos ilustrada,
 Recorre sus retratos uno á uno:
 Coloca al punto aquella prolongada

Fila de hombres sacados del olvido,
 En lugar distinguido y oportuno,
 Para poderla ver continuamente :
 Ellos, como otros tantos lisonjeros,
 De su antigua nobleza pregoneros,
 Su vanidad adulan dulcemente :
 De los vivos colores engañado,
 Juzga que es un adorno primoroso
 Que á su palacio da nueva alegría.
 No ve el ciego infeliz, quan enlutado
 Pone su quarto con el silencioso
 Pueblo de muertos de que está rodeado,
 Que su retrato aumentará algun dia.
 Nuestros mismos teatros y recreos
 La idea de la muerte nos despiertan.
 Melpomene con voz sonora y triste,
 Para que los que viven se diviertan,
 Conmueve los callados mausoleos :
 Las cenizas dispersas incorpora
 De los héroes antiguos : los reviste
 De nuevo cuerpo y vida,
 Y sus desgracias tiernamente llora.
 Entre tanto la turba entretenida
 De mirones, tranquilos escuchamos,
 Qual si fuéramos todos inmortales,
 Los sucesos fatales
 De las personas que á la vista ofrece.
 Si su trágica suerte lamentamos,

Un acto generoso nos parece,
 Y en nuestra propia suerte no pensamos.
 ¿Y qué es el mundo mismo
 Sino un vasto sepulcro y triste abismo,
 De todos los vivientes paradero?
 Sin sus despojos, este suelo fiero
 Y estéril no produce. Lo fecunda
 La destruccion. Si gozan los sentidos
 Algun deleyte, nace de la inmunda
 Substancia de los cuerpos destruidos.
 El hombre y el gusano
 De cadáveres solo se apacientan.
 Entre las partes que del polvo avientan
 Los ayres, ó que cubren nuestra esfera,
 Ni una hay que no haya sido de antemano
 Parte del cuerpo de uno ó mas vivientes.
 Labra el arado lento en su carrera
 Los despojos de nuestros ascendientes :
 Con el duro azadon los destrozamos,
 Y en las doradas mieses los segamos :
 Vueltos en pan nos sirven de alimento :
 Lo mismo son en sí los frutos todos,
 Que el paladar recrean de mil modos.
 Así la exterior tierra que hace asiento
 Sobre el globo y su esfera fertiliza,
 No es mas que la ceniza
 De sus desventurados moradores.
 Nosotros insensibles reozamos

Sobre sus ruinas, y con gran sosiego
 Al expedito baylarin miramos,
 Que hace con pies ligeros mil primores,
 Sobre escombros de pueblos destruidos.
 Quando con alas de invisible fuego
 Vuela el alma que ve ya divididos
 Los lazos de esta vida, y abandona
 A su destino el cuerpo desdichado ;
 El sol extrae de él con su templado
 Calor lo mas sutil, y proporciona
 A la tierra lo que á ella pertenece ;
 Cobra el agua lo líquido, y el viento
 Juega con lo demas. Todo elemento
 Con despojos del hombre se enriquece ;
 Y la naturaleza dilatada
 De las ruinas del hombre está poblada.
 ; Ménos en el humano pensamiento,
 La muerte en todas partes halla entrada !
 Y no es mortal el hombre solamente,
 Lo son todas sus obras igualmente.
 Muere segunda vez quando se acaba
 Su estatua ó su retrato, que le daba
 Cierta especie de vida: desfigura
 El tiempo hasta su propia sepultura :
 Aun el mas vasto imperio no subsiste.
 ; Qué se hicieron los Griegos y Romanos ?
 Sus nombres ya no son sino ecos vanos,
 Y la mitad de la sabiduría

Nuestra en leer consiste,
 Entre las pocas ruinas que hasta el día
 Se han conservado su epitafio triste.
 ; O muerte, el pensamiento poderoso
 Abre á mis ojos repentinamente
 Las puertas de tu imperio tenebroso,
 Adonde nunca el resplandor luciente
 Del sol, ni de astro alguno ha penetrado !
 ; Tiendo la vista ansiosa, y exámino
 Sus lóbregas cavernas, sus inmensos
 Abismos ! ; Quanto cetro arrinconado
 Descubro ! ; Quanto Rey, que á los inciensos
 Hecho de la lisonja, su destino
 Terminó entre las ruinas de su Estado !
 ; Sus mismos mausoleos que creyeron
 Inmortales, como ellos perecieron !
 ; Qué muchedumbre de artes é invenciones
 Raras, hácia mí viene apresurada
 De laurel ya marchito coronada !
 ; Qué de sabias naciones !
 ; Qué de célebres siglos se aparecen
 Delante de mis ojos, y se ofrecen
 A dar pasto á mis tristes reflexiones !
 Sus imágenes vanas se aceleran,
 Y unas á otras se empujan, qual si fueran
 Olas de un vasto mar amontonadas.
 ; O cómo hierben las generaciones
 Que arrastran en sus ondas agitadas !

¡Melancólicas pasan á mi lado
 Las sombras de los muertos mas famosos!
 ¡Su gesto da á entender, que discurriendo
 Van de su antigua gloria, y repitiendo
 Quan vana fué y lo poco que han durado
 Sus triunfos engañosos!
 ¡Todos dan al pasar una mirada
 De dolor compasivo, acompañada
 De un suspiro profundo,
 A los grandes y sabios de este mundo!
 ¡Pero ay Dios! ¡Y qué espectro desmedido
 Hacia mí á paso lento va llegando!
 ¡Cuál crece á cada instante, dilatando
 Sin fin su mole inmensa! ¡Qué figura
 Tan extraña! ¡Ya llena el extendido
 Espacio de los ayres con su anchura!
 ¡Mi fantasía cede fatigada!
 ¡Pára mi sangre del terror helada!
 ¡Es un entero mundo fenecido,
 Cuya sombra á mis ojos se presenta!
 ¡De cenagosas ovas coronado,
 Tristemente apoyado
 Sobre su urna, lamenta
 La destruccion de todas sus regiones,
 Y sus generaciones
 En un diluvio horrible sumergidas!
 Gimiendo anuncia al mundo venidero,
 Que han de ser consumidas

Todas las suyas en incendio fiero;
 Mas no halla asenso en el linage humano:
 Como Casandra profetiza en vano.
 El agua y fuego son los elementos,
 Que de Dios ofendido, á la venganza
 Sirven regularmente de instrumentos.
 Para este fin los tiene recludos,
 A pesar de su bárbara pujanza,
 Y en prisiones distintas divididos.
 Ambos desde ellas, sin cesar bramando,
 Se estan el uno al otro amenazando.
 Quando Dios ve que la hambre, peste y guerra
 No remedian las culpas de la tierra,
 Por turno abre las puertas de diamante
 De sus antros profundos;
 Desde el pie de su trono en el instante,
 Rugiendo como horrible torbellino,
 A devastar el orbe furibundos,
 Rápidos precipitan su camino.
 Ya la verdad me llama:
 Oygo su voz augusta y temerosa:
 Su fuerza me arrebatá: la grandeza
 Del asunto mi helado pecho inflama.
 A media noche, á la hora silenciosa,^(c)
 En que el orbe entregado á la torpeza
 Del sueño mas profundo, se recrea
 En gustosos delirios, y se emplea
 En disfrutar placeres, que varia

Y finge su fecunda fantasía,
 Saldrá de las tinieblas la terrible
 Última escena repentinamente,
 Qual del herido acero
 Salta la chispa ardiente ;
 Con tanta prontitud como la horrible
 Llama que sale del cañon guerrero ;
 A una seña de Dios los formidables
 Hijos del fuego, todos sa apresuran
 A salir de sus cuevas escondidas.
 Con truenos espantables
 Rompen sus almacenes reservados
 Las tempestades, y en la tierra apuran,
 En apretadas lluvias encendidas
 Sus rayos : de cometas abrasados
 Se puebla el ayre ; en rápidos torrentes
 Corre el fuego ; las cumbres eminentes
 De los montes se encienden : ya la llama
 La dilatada superficie inflama
 De las tierras y mares, de manera
 Que hace un vasto volcan de nuestra esfera ;
 Ni las enormes rocas que subsisten
 Desde que empezó el mundo, se resisten
 Al voraz fuego, forman derretidas
 Vastas corrientes de ondas encendidas,
 La llama á todas partes alza el vuelo,
 Prende en los astros y se abrasa el cielo.
 El ángel destruidor, rápidamente

Recorre el universo en el ardiente
 Carro veloz, que al paso que camina,
 Todo quanto halla quema y extermina.
 El hombre se despierta horrorizado,
 Y se halla un día eterno comenzado.
 La admiracion embarga sus sentidos,
 Hasta el mas alto punto ; de repente
 Ve llegada la gloria, y á su lado
 El terror, cuyos tristes coloridos,
 Contrastan en el quadro al refulgente
 Resplandor que acompaña á la primera.
 Truena el abismo, y con feroz bramido.
 Por sus negras cavernas repetido,
 Rompe, revienta, y por la boca fiera
 Vomita un mar inmenso de azufradas
 Olas de fuego, oculto á los humanos
 En sus eternas simas ignoradas.
 A devorar se apronta, y con insanos
 Rugidos, de pedir ni un punto cesa,
 Que se le dé la destinada presa.
 En esto hácia los términos lejanos
 Que el vasto éter comprende,
 Veo que magestuoso
 Un nuevo cielo, puro y rutilante
 Se despliega y se extiende
 A las plantas del Todopoderoso,
 El mismo Señor es, el que distante
 Reconozco que viene acompañado

De innumerable coro
 De ángeles; uno con las alas de oro
 Le precede, barriendo
 El polvo de los astros, que porfiado,
 Va el fuego á toda prisa disolviendo.
 Aun hace esfuerzos la naturaleza
 Con las mortales ansias combatiendo.
 ¡ Oyela dar el último gemido!
 ¡ Dónde estamos Lorenza! La fiera
 De ese diluvo ardiente ha derretido
 La tierra, y en su centro se ha sumido.
 ¡ En dónde ¡ ay tristes! nos esconderemos
 Del divino furor, adónde huiremos?
 Para este grande dia salió el mundo
 Del caos tenebroso,
 Y el hombre del terreno cenagoso
 De este globo infecundo.
 Desaparece á vista de esta idea
 Todo deseo frívolo y terreno;
 Toda ilusion falaz que lisonjea
 Nuestras pasiones, cesa. El hombre lleno
 De temor, abandona sin tardanza
 Esta tierra, á que estaba tan asido,
 Y á echar la mano al cielo se abalanza.
 ¡ Cómo será posible que dé oido
 Desde hoy á ningun otro pensamiento?
 Me parece que tengo aquella escena
 Delante de los ojos; que ya siento

Temblar la tierra toda conmovida;
 Y que de vena en vena
 Hiela el temor mi sangre detenida.
 Ya del éter rasgado el azul velo,
 Mil aladas legiones
 De espíritus gloriosos hácia el suelo
 Se precipitan del remoto cielo,
 Cuyas vastas regiones
 Dexan desiertas: el Omnipotente
 Juez descubro ó lo léjos, asentado
 Sobre un trono de fuego reluciente.
 A sus pies está abierto el reservado
 Volúmen, que contiene los procesos
 De los predestinados y precitos:
 Los méritos en él se ven escritos,
 Como desnudos todos los excesos.
 De él salen vivos rayos de invisible
 Luz, que penetra el pensamiento mismo,
 Y su último secreto hace visible.
 ¡ Mas qué ángel es aquel fiero y disforme,
 Que del profundo centro del abismo,
 Cargado de cadenas va saliendo,
 Los cielos y la tierra maldiciendo?
 ¡ Contra Dios alza la cabeza enorme!
 ¡ Aun conserva su frente ennegrecida
 Los hondos surcos con que el rayo ardiente
 La señaló en su rápida caída!
 En su ira reconozco el insolente

Enemigo de Dios, el implacable
 Perseguidor del hombre miserable.
 Viene á oír para siempre su sentencia.
 ; Con rabiosa impaciencia,
 Revuelve á todos lados
 Al oírlos los ojos espantosos,
 Que parecen meteoros inflamados.
 Dentro de dos nublados tenebrosos !
 Blasfema al mismo Dios, cuyo terrible
 Poder toda su andacia desalienta :
 Juzga caer de nuevo, y hace cuenta
 Que entónces da principio al insufrible
 Infierno, y que sus fuegos acrecienta.
 El tiempo, de los rayos despojado
 De aquella gran lumbrera,
 Que su dorado carro precediendo
 Daba luz á su rápida carrera,
 Ahora con paso incierto, gobernado
 Del resplandor escaso y moribundo,
 Que aun dura, del horrendo
 Incendio de los astros y del mundo,
 Léntamente camina.
 Con voz terrible llama el numeroso
 Esquadron de sus hijos olvidados :
 Hierve con repentina
 Mutacion el terreno polvoroso :
 Salen de los sepuleros abrasados,
 Con nueva vida las generaciones

Todas llenas de espanto :
 Sordo al amargo llanto
 De aquellos aterrados esquadrones,
 En un solo rebaño los congrega,
 Y así á la eternidad se los entrega.
 Sola esta reyna; si ántes parecía,
 La eternidad un sueño á los mortales,
 Todo al contrario es sueño en aquel día
 A no ser ella. Ondeán sus fatales
 Banderas por el viento,
 Qual funestos cometas :
 Hinchadas por el ayre sus trompetas,
 Dan sonido mas fuerte y espantoso,
 Que el mar bramando á impulso del violento
 Soplo del húmedo austro tempestuoso.
 Los hombres á millones acudiendo,
 Se juntan en el puesto señalado
 Para el acto tremendo,
 En que de las escenas que han pasado,
 Ha de quedar el nudo desatado.
 ; Qué campo tan inmenso se previene !
 Apénas basta á tanta muchedumbre.
 En su ámbito contiene
 Todos los hombres que del sol la lumbre
 Gozaron en el curso numeroso
 De los siglos, que llenos de impaciencia
 La conclusion esperan
 De aquel acto solemne y misterioso,

Y hasta oír en silencio perseveran.
 Ya el tiempo se pasó de la clemencia:
 Todo será extremado: irrevocable—
 Dios se levanta del excelso asiento:
 Pronuncia la sentencia formidable:
 Dexa su gloria y la virtud vengadas.
 La eternidad con rostro inexorable,
 Al punto con un solo movimiento
 De su vista separa en dos manadas
 Todo el rebaño del linage humano:
 A cada una señala con la mano,
 Y abre á un tiempo su eterno paradero:
 Arroja su invencible brazo fiero
 Los malos al abismo tenebroso,
 Cierra sus puertas, y la enorme llave
 Sobre los tristes vuelve, á quienes cabe
 Aquel destino infausto y horroroso:
 Abandonan la amable luz gimiendo,
 Y de una en otra sima van cayendo:
 Repiten aquel fúnebre gemido
 Las bóvedas del reyno del olvido.
 ¡O quan distintas voces se perciben
 Hacia el remoto y claro firmamento,
 Angeles á millones que reviven
 De sus cenizas llenan de contento
 El universo todo, y hacia el cielo
 Resplandecientes vuelan desde el suelo!
 ¡Qué cantos de alegría

Por el éter resuenan! Ni aquel día
 Que dió principio á todo lo criado
 Fué con tales aplausos celebrado.
 Ya Dios muestra sin velo su semblante.
 El resplandor brillante
 De aquella luz divina,
 Las venturosas almas ilumina
 De repente, y aplauden admiradas
 Del Criador las obras consumadas.
 Brilla el mundo moral, sin que le quede
 Obscuridad alguna, que les vede
 Ver de todas sus partes una á una
 La connexion exacta y oportuna,
 Y todo el plan de gloria coronado.
 ¡Ya la celestial corte ha comenzado
 Sus eternos conciertos!—¡Y qué suerte
 Me cabrá? ¡Libre acaso de la muerte
 Cantaré entre los otros inmortales
 De la dicha los cánticos triunfales!

 NOTAS.

(a) El olvido de la muerte es el error capital de los ancianos. ¡Léjos de mí semejante error! Deben ya contarse por muertos los que se dexan ocupar de él. Sus almas estan ya enterradas, y el

mundo es su sepulcro. La gloria de la vejez consiste en desear la muerte. Este deseo es un elogio de la vida pasada, garante de la felicidad venidera. Debiéramos pronosticarnos á nosotros mismos nuestra futura suerte. Este seria el mejor medio de quitar á la muerte su amargura. Pensemos muchas veces en ella para aprender á no temerla. El alma, que huye de pensar en la muerte, está rodeada de tinieblas mas profundas que las de la media noche. Dormida en brazos de este error lisonjero á orilla de un precipicio, caerá en él primer impulso del viento.

¿Querrás saber ; O Lorenzo ! por qué me obstino en repetirte tanto el nombre de la muerte ? Escucha : es que este pensamiento es una fuerte palanca que levanta al hombre del polvo, y le hace tener derecho. Este pensamiento llena la profundidad del abismo infernal, y nos facilita una baxada mas suave para el sepulcro. ¿Qué corazon de carne se atreverá á zumbarse y jugar con la formidable eternidad, á arriesgarla al vuelco de un dado, y á no tomar interes alguno en la alternativa de dos suertes extremadas por todos títulos é irrevocables ? Cada momento que llega á nosotros cierra el sepulcro que el momento precedente tenia ya abierto.

No hay encanto que no pierda sus colores engañosos á la luz de la muerte. La sabiduría mundana se inmuta en su presencia, y se eclipsan todos sus falsos atractivos. Esta vana sabiduría es muy pródiga en prometer. No cesa de levantar planes para lo futuro ; pero los delinea sobre unas hojas tan ligeras como las de la Sibila : al menor soplo se esparcen por los ayres ; cuánto se distingue de ella la verdadera sabiduría ! Aquella, como la luna

en menguante, disminuye cada dia, y por grados se apaga : esta al contrario, como el mismo planeta en creciente, aumenta cada dia en tamaño y resplandor. Quando la sabiduría mundana tarda en nacer, acaba brevemente su carrera : concluye en cortísimo tiempo su papel insensato, y apenas dice la última palabra y entra en el sepulcro, quando la muerte la quita la máscara, y denuncia al Excelso su locura. La verdadera sabiduría al contrario, nos conduce triunfantes al cielo.

(b) La muerte de nuestros amigos se precipita sobre nosotros como una nube, cuyos húmedos vapores apagan el fuego de nuestras pasiones, y amortiguan el falso resplandor de la vida, que ciega aun al mismo sabio. Nuestros amigos moribundos son unos gastadores que allanan la escarpada cuesta de la muerte, quebrantan las barreras del miedo y horror con que la naturaleza le ha embarazado, y convierten el sepulcro en un abrigo seguro contra las tempestades. Son tambien diputados enviados por el cielo para darnos los mas saludables consejos. Para bien nuestro padecen aquellos desmayos y agonías. ¿Y hemos de desperdiciar nosotros los frutos que podemos sacar de sus dolores y su muerte ? ¿Hemos de contristarlos con nuestra ingratitude, despreciando las tiernas instancias con que convidan nuestros corazones á la virtud ?

¿Por qué nos priva el cielo de nuestros amigos ? No es ciertamente por venganza, es por piedad : es para atar al corazon del hombre con los lazos del cariño el pensamiento de la muerte, que la indolencia ó la depravacion de la razon dexan perder con tanto descuido ; pero aunque se unan la razon y la ternura, no tienen fuerzas suficientes para destruir los hechizos del mundo. Advierte como se acerca